

516094

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

47

Luis Cordero Crespo

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

CUENCA—ECUADOR

1966



E861.4

si6094

m. Lu. 141276
(Luca) 54389-47

E805
U48P

Si 6094

LUIS CORDERO CRESPO

Claridad y Belleza, altas virtudes del Poeta, son admirablemente pulcras en Luis Cordero Crespo...

Canta el Poeta, canta este Poeta nuestro, con un cantar diáfano, con un cantar todo él en luz y transparencia... Canta emocionado ante la luz, hondamente lleno de luz, exquisitamente inebriado de luz...

Canta la Epica de nuestros acontecimientos asombrosos... Canta en Epica de cumbre, canta con Epica de cumbre que avizora horizontes inmensos, infinitos, ilimites...

Canta la maravilla pura del Evangelio, canta la eterna maravilla del Evangelio, canta la perfecta y absoluta maravilla del Evangelio... A los pies de lirio de Jesús pone los lirios delicadamente delicados de sus palabras hermosas y fragantes... Para el paso de Jesús, para el paso eterno de Jesús, tiende su alma poética de Poeta evangélico, su alma de Poeta que halla en el Evangelio una verdad más bellamente verdadera porque enseñada está y predicada en la más pura y eterna poesía...

Canta nuestras cosas, nuestras voces, nuestros aconteceres, con íntimo amor guardado en hermosa

palabra... De su voz nacen otra vez seres y cosas y aconteceres en el renacimiento de lo poético, que es el nacer para lo que nunca jamás habrá ya de morir...

Belleza la que el Poeta confiere a cuanto mira con amor poético... Hermosura la que el Poeta confiere a cuanto halla en poética pasión... Fragancia la que el Poeta confiere a cuanto toca con tacto sutil fina y tenue y exquisitamente poético...

Una elegancia señorial nace de esta poesía, vive en esta poesía, vibra en esta poesía... Una elegancia entendida en lo de ser elegante la vida del espíritu... Un señorío entendido en lo de saber llevar hacia lo hondo lo señorial con delicado sentimiento...

Una fina fragancia llena esta poesía, una fragancia de magnolia que se reparte hacia los ambientes por donde el aire musicaliza delicadamente la fragancia y es de ella delicadamente musicalizado... Una fragancia de rosa clara abierta frente a la luz con tal finura que de la luz es besada por el beso más sutil, esencia sólo de beso, alma apenas de beso...

Claridad la de esta poesía, claridad de todo instante, aun del pensativo instante en que la mente bucea hacia hondos pensamientos, aun de los instantes en que el borrarse de la vida hace temblar lo visible y lo invisible con sus temblores, aun de aquellos instantes de eternidad en que el pensar apasionadamente busca lo eterno...

Luis Cordero Crespo, dueño y señor de claridad bella y de belleza clara en su poesía... Todo en

su poesía transparente, todo transluce, todo tiene el finísimo velo de ensueño que viste maravillosamente seres y cosas y aconteceres y, no obstante, parece dejarlos en su misma desnudez original perfecta... Porque, ciertamente, Poeta es quien descubre almas de seres y cosas y aconteceres con descubrimiento personal y auténtico, hallando siempre lo puro, lo esencial, lo perenne...

Claridad y Belleza, altas virtudes de esta poesía... Una clara claridad que es luz despetalada o pétalo iluminado... Una bella belleza que todo lo llena por milagro de alma en verdadera poesía...

Esta poesía tiene la claridad de lo perfectamente claro, de lo bellamente claro, de lo armoniosamente claro... Agua transparente para llenarse de cielo o de alma de cielo, nube en vuelo sutil, ala en sonata, fragancia que se va yendo hacia todos los confines con su mensaje extraordinariamente sensitivo y grato y pulcro y hondo...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON

LUIS CORDERO CRESPO

PARS HIEMALIS

Invierno, epifanía de la intacta blanca,
no sé por qué tu nieve, que cae noche y día,
no pone en mi alma oscura
también, su epifanía.

Divinamente pura,
divinamente fría,
mi corazón tortura
con su melancolía.

Ya no hay canción alada...
ya no hay rosa rosada...
Nieve, plumas de nieve en toda la enramada...

Hermana nieve, dime: ¿también tú tienes frío,
cuando has quedado sola sobre el inmóvil río,
sobre la rama escueta, sobre el nido vacío?



PARS VERNA

Nació la Primavera, la sonrosada niña,
en brazos del Invierno, el viejo barbi-blanco;
y si la niña ríe, florece la campiña,
y si la niña llora, reverdece el barranco.

Cuando ella los ojuelos infantilmente guiña,
se dobla tras del cielo el telón de lo blanco;
y los pájaros traban la melodiosa ríña,
desgranando cantares desde uno y otro flanco.

Hay en cada mañana milagros de esplendores,
las tardes se suceden con magia de colores,
y son las noches haces de estelares fulgores.

Hermana Primavera,
al alma, entre tinieblas prisionera,
¿por qué no ha de alcanzarle tu dorada quimera?

PARS ESTIVA

Que va a incendiar el mundo el padre sol, parece,
entre los rayos de ira de su fragua divina...
el tallo languidece
y la flor se calcina...

Jadeante por la senda que su planta enardece,
el viajero camina,
y con la lengua afuera, el galgo desfallece,
del valle a la colina.

Despacio van las horas,
lentas, abrumadoras...
como el rodar de ruedas pausadas y sonoras.

Estío, hermano Estío,
dejaste al pecho mío,
—heno de los oteros— lleno de sed y hastío!

PARS AUTUMNALIS

Otoño... y la anemia de todos los plantíos...
Otoño... y el morendo de toda la verdura...
y la seca hojarasca... y el viento que tortura
las ramas extenuadas con sus látigos fríos...

Cadáveres de flores van llevando los ríos,
tras la mortaja pura
de los copos de espuma... Una rana murmura
de la alberca y la hierba los resposos sombríos...

Y pasan las guadañas
quebrando las entrañas
de las reseca cañas.

Otoño, Otoño hermano,
lleva mi amor humano
a beber dulces jugos en tu lago de arcano!

LA CABAÑA

Nido de los idilios que tienen los gañanes,
los plácidos idilios, bálsamo de la vida;
hogar de llama ingenua, de llama no extinguida;
abrigo de labriegos, de rebaños y canes.

Es una vejezuela que finca sus afanes
en tenerse derecha sobre la loma erguida;
mas, en veces, decae del tiempo carcomida,
o le dejan maltrecha tormentas y huracanes.

El gañán hace entonces prodigios de desvelo,
por cubrirla de nuevo, por reforzar el suelo,
dándole, por muletas, puntales de sostén.

Y la anciana se entona, y aun parece que sube
hasta alcanzar la mística blancura de la nube,
y aureolada de cielo seguir siendo un edén.

EL CERRO

Con la terca adustez de gigante ermitaño,
que tiene por ermita la soledad del cielo,
nada le preocupa ni le causa desvelo:
sin dejar huella pasan, sobre él, año tras año.

No importa que las lluvias le den frescor de baño,
o que al pecho le nazca de una fuente el anhelo:
detective de estrellas, profeta del recelo,
es torre de presencia del tiempo ante el engaño.

No obstante, le palpita la entraña inasequible;
en su alcoba de nieblas se recoge invisible,
ausente de si mismo, de si mismo en olvido...

Es que en la rasgadura de una cósmica herida,
propicia al implacable reclamo de la vida,
un connubio de cóndores entronizó su nido...

EL ARBOL

Los que gustáis de ser, en la unidad del lodo,
fraternos con las cosas de junto a nuestra vida,
¿no veís en él un átavo y lo encontráis de modo
que al canto como un lirico abuelo nos convida?

En su castillo verde halla dulce acomodo
la embajada sonora de la canción panida,
cuando cierra la tarde y empalidece todo
en la blancura mate de la hostia desvaída.

Iniciase el concierto, y el árbol se estremece,
y al temblor de la fronda la bandada se mece,
dispersándose en trémolo la escala de los trinos.

Y el mesénico tronco, por las arrugas grises,
destila gotas puras del musgo en los tapices,
y también en las puntas cruentas de los espinos.

AGUA MEDITATIVA

Rasga el profundo azul del infinito,
el fosco promontorio de la roca:
edificio gigante de granito
que una Babel de convulsión evoca.

Las aguas caen con hiriente grito,
del tenebroso abismo hacia la boca,
el jaral salpicando del circuito.
al despeñarse la corriente loca.

... Pero abajo, el remanso las acuna,
en un blando sosiego de laguna,
con orillas, con frondas y con cielo...

Y ellas, que saben que son mar y nieves,
rocío y nubes y vapores leves,
su paz en el regazo hallan del suelo...

NIDO MUERTO

Aulla el can trashumante en la alquería,
vacila el saucedal como beodo,
la tarde empalidece de agonía:
todo está mustio, y en penumbra todo.

El gorrión que fue música otro día,
jamás volvió del sórdido recodo;
en la ruta palpita la elegía
del lirio degollado sobre el lodo.

Tal vez la brisa, contumaz viajera,
pase de madrugada junto al nido,
y disperse el plumón por la pradera.

Mas, la cadencia del gorjeo suave,
que fue la gloria lírica del ave,
es un silencio más en el olvido...

TEMPLO DE ALDEA

En el crujiente maderamen viejo,
lumbre furtiva prende claridades;
golpea la carcoma el martillejo,
echando el tiempo en nimias oquedades.

Arrinconado en el altar complejo,
un magro Cristo sangra soledades,
y la luna empañada de un espejo
congela la visión de otras edades.

Vitrales turbios, puerta desquiciada,
húmedo suelo, polvorientos muros,
techo sinuoso, torre derrengada...

... No obstante, en tal recinto, frío, obscuro,
tiene la paz divina su morada
y hallan las almas su Inmortal Seguro.

HACIA LA NOCHE

Salve, Noche, princesa del ensueño,
que aletargas el alma de las cosas,
con embriagueces suaves de beleño
en la paz de las horas sigilosas.

Hada madrina del jardín del sueño,
que tejes con las hebras luminosas
de las estrellas, en callado empeño,
la túnica divina de las rosas.

Lanzo mi barca mínima de canto,
desde mi orilla de carbón y amianto,
rumbo a los litorales de la niebla.

Mientras enredan ilusoria danza,
nuevas constelaciones de esperanza,
más allá de tu imperio de tiniebla.

SANTA MARIA

I

Misterio hecho de lirios brotando en la maleza,
inmaculada rosa de los valles oscuros,
rocío entre los labios de los abrojos duros,
nubecilla extractada para humana corteza.

Este lago de sombras extraño a tu limpieza,
pupila enceguecida de mortales conjuros,
no empañó con el hálito de vapores impuros
ni la fimbria siquiera de tu intacta belleza.

Peregrina en la tierra, la tierra hizo de cielo
para acoger la huella de tu planta divina,
que encendía en diamantes los guijarros del suelo.

Y en infinito anhelo por tu fulgor naciente,
abrogadas las rutas eternas que camina,
la prisión de tu seno buscó el Omnipotente.

II

Incrustada en la concha de la piedad sencilla,
grata perla del alma, guardo mi fe primera,
la que tiene candores de lumbre mañanera
hasta de los ocasos en la roja mancilla.

Mis ojos se inebriaron de ver, cabe la orilla
del manantial que surca la paz de la pradera,

asomada en las abras de la roca señera,
tu imagen vuelta flor de ignota maravilla.

Y mi madre me dijo, cómo ella te quería,
y al ponerme en los labios el panal del salterio:
"Es Ella la de Lourdes ... Es la Virgen María ..."

Entonces, mariposa de alas blancas y azules,
mimetizada al brillo de los celestes tules,
reflejó mi inocencia tu virginal misterio.

III

Al insinuarse el día tras el monte lejano,
cuando el valle padece de la penumbra la hora,
la más fúlgida nube surgida del oceano,
en su dorado seno todo el sol atesora.

Así viniste Tú, del eternal arcano,
grávida del milagro con la divina aurora,
trayendo el día nuevo para el dolor humano,
que cifró en la promesa su angustia redentora.

Desde tu ser dimanar las atracciones suaves,
en torno de tus plantas hay sinfonías de aves,
a tu aliento revientan la flor, la espiga, el nido.

Y este valle de sombras, y este valle de duelos,
se agita de esperanzas, se inunda de consuelos,
y encuentra en tu mirada su dulce edén perdido.

PAZ DE LAS HORAS

I

Amanece... La tierra, prometida del cielo,
se deja estremecer, tal si fuese una lira...
allá, en las serranías prende el sol una pira
para ultimar vestiglos y desleir el hielo.

Adentro de las frondas se ensaya el primer vuelo
y la bandada en dulces madrigales se inspira;
el alma transparente de la alberca delira
y destilan relente las flores sobre el suelo.

La choza bocanadas sopla de humo azulado,
que trenza en espirales el céfiro aromado...
¡Ya todo ha renacido! ¡Ya todo es alegria!

¡Ya el ángel de alas de oro por los aires pasea,
saludando la nueva jornada de la aldea,
con el saludo cético que dice ¡Ave Maria!...

II

La luz es la primera caridad del Señor:
música del silencio, perfume de la estrella,
alma de los paisajes, cuerpo de la centella,
luciérnaga o diamante, transparencia o color.

El sol del medio día reverbera de amor:
corazón encendido, su palpar destella

incentivos de vida que entronizan su huella
en el surco y el árbol, en el nido y la flor.

Tortura a la penumbra del resplandor la espada
en la paz recoleta de la iglesia callada,
donde el vitral proyecta su pulpo de cristal.

Y llegando al retablo que guarda la escultura,
que de Santa María recuerda la figura,
besa con labios de iris la frente virginal.

III

Atardece... La tierra se tiñe de amapola,
con la sangre del día degollado en ocaso,
Alguna nubecilla, delgada como estola,
redime su blancura del vespéral fracaso.

La voz de la campana, con titubeos de ola,
circuitos de rumores va suscitando al paso;
se despierta un lucero, se prende una luciola,
y apenas de los montes resta el perfil escaso.

En trasgos de lobeznos sueñan los recentales,
apretujan el nido las plumas maternas...
¡Ya todo se ensombrece! Todo es melancolia!

¡Ya el ángel de la tarde por los aires pasea
convocando al reposo tranquilo de la aldea,
con el saludo cético que dice: ¡Ave Maria!...

DESAMOR

Y se le puso triste la mirada,
al caer de una tarde ensombrecida;
algún recuerdo, en forma inesperada,
vivificó la brasa no extinguida.

Por la senda borrosa y alargada,
el paisaje a la noche va de huida:
también fugó por siempre la bandada
que alegró los jardines de su vida.

Y lloraron sus ojos largamente
la lágrima postrera y decadente,
por todo lo que es muerto y lo que es ido.

Y en ausencia, sin término, de amores,
el cestillo de su alma, ya sin flores,
se ha volcado a la vera del olvido.

BOLIVAR

(Fragmentos)

EL PORTICO DEL VERSO

Tu epopeya ha de ser, Simón Bolívar,
el océano mismo vuelto verso;
de modo que la cante el universo,
en toda latitud y en toda lengua.
La epopeya del hombre por el hombre,
el canto del espíritu sin mengua.

Tu metal es el bronce de los siglos,
en el horno de todas las edades...
Para envolver el mundo en claridades,
pudo insurgir la llama
en un momento y un lugar cualquiera.
Dios y América urdieron tu destino,
logrando que en tu nombre tenga nombre
todo humano ideal puesto en camino.

Tal fuiste hecho Bolívar,
en madurez de históricos afanes.
Tal fuiste hecho Bolívar,
ante un cósmico asombro de volcanes.

*
* * *

Mirada cenital de ojos con noche
que, sin embargo, plena luz reparte.
Pródigos labios de elocuencia y arte,
en la charla, la arenga y el reproche.

Sortijas en la frente, y un derroche
de energía en la faz triunfal de Marte.
Pecho y espalda vivido estandarte,
que, en lo hondo, el corazón tienen por broche.

Miembros de temple en fragua de Vulcano;
carne de roble en trance de armadura,
que morder la fatiga intenta en vano.

Y el alma de relámpago, que estalla
en libertad de cantidad y altura,
para entrar con las sombras en batalla.

*
* * *

Vierta el idioma su caudal sonoro,
abra el poema el cofre de emociones,
y embajador del ritmo, el verso de oro,
a tu oído susurre admiraciones.

Que en el arco flexible del idioma,
la vibración palpita del poema,
cuando, jinete de Pegaso, asoma
tu figura en el verso, como tema.

Otra vez la canción... También la lira
tiene de la trompeta el atributo,
si de sus nervios el cordaje estira
para rendir el épico tributo.

Bolivarida precursor, erija
Olmedo en este pórtico su plectro;
que del prisma al través, mantenga fija
la síntesis candente del espectro.

Como Virgilio al Dante, me conduzca
el Canto de Junin por el Poema
y la palabra esta ambición traduzca:
forjar para Bolívar mi diadema.

SALUTACION A CARACAS

Copa de ensueño en labios de horizontes,
tacita de oro de beber el cielo;
tienes al sol de eterno Anacreonte,
que te borda de aromas el pañuelo.

Gitanilla en azul de andar minúsculo,
que danzas con el Avila el joropo;
mientras las panderetas del crepúsculo
te prenden los claveles del piropo.

Con tus sandalias de cristal de río,
le juegas escondidas al Caribe,
prefiriendo a las perlas del rocío,
que cuajan los anhelos del declive

Te abanicas con hojas de palmeras
y te duermes la siesta entre caobos:
Caperucita de las primaveras,
que no sabes de duendes ni de lobos.

Se aprietan en Petare los colores,
templán los Teques cuerdas de vihuela,
revienta El Paraíso en ruiseñores,
surca el aire de ritmos una estela.

Te salta el alma en copla salerosa,
que el Guaire pone en música de espuma,
y desde el Orinoco llega unciosa,
a tapizar tu Silla, errante bruma.

Las cintas de tus calles y callejas
se enredan al pescuezo de la Historia,

y enciendes las pupilas tras las rejas,
que son como pestañas de tu gloria.

Don Pedro Ponce de León dormita
cuatro siglos de honor en tus mansiones,
y Diego de Lozada lleva inscrita
la fe de tu bautismo en sus blasones.

¡Santiago de León! tu nombre es de hombre,
ciudad la más mujer de las ciudades;
mas, junto al de Caracas, ese nombre
es de amor y es de fuerza por mitades.

¿Quién supo, como tú, ser tan señora,
en el claustro monjil del coloniaje
que te pasas de la una a la otra aurora,
tejiendo de Penélope el encaje?

Pero tampoco ¿quién se te compara,
varón entre los pueblos más varones,
que de América hiciste una senara
para sembrar segundo corazones?

Burbuja de oro en copa de frescura,
zumo de gloria en cáliz de heroísmos:
si en tu valor se mide tu hermosura,
tu valor no se mide ni en abismos...

Y así no fueras un panal de almibar
y de ilusiones un jardín fecundo,
sólo con ser el suelo de Bolívar
te centras en el círculo del mundo.

Te saluda el poeta, entre un atuendo
de torrentes, de llanos, de corceles.
Te saluda el poeta sacudiendo
sobre tu frente un nimbo de laureles.

LA CASA DE LOS BOLIVAR

(Reminiscencias de Carlos Borges)

Asomada del tiempo a la litera,
abuelita arrugada de dulzuras,
se viste de abolengos la quimera
y respira leyendas de aventuras.

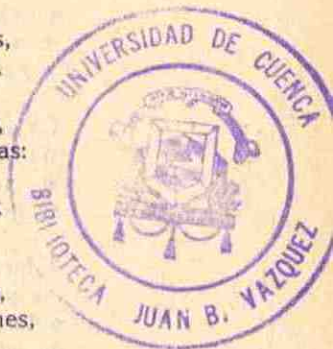
Trae su rancia stirpe de Vasconia,
con salumbres de mar y rebeldía;
se cimenta en tres siglos de colonia,
pero es más caraqueña cada día.

Pisa la vera luminosa y breve,
con chapines de piedra berroqueña;
dibujan sus contornos líneas leves
y usa cofia de teja zahareña.

Los hondos ventanales de barrotes,
el severo portón de gran cerrojo:
no la abordan truhanes ni galeotes,
porque guarda su rango con enojo.

La frente santiguada de un escudo,
que viene de noblezas y de hazañas:
Dios esta casa numerarla pudo
en una calle augusta de montañas.

Discurren por alcobas y salones
las sombras de los átavos austeros,
dinastía de honor, prez de infanzones,
oidores y soldados y granjeros.



Sobre los limpios corredores anchos,
transitan los esclavos sarmentosos,
mientras el surtidor cuelga sus ganchos
del bochorno en los hilos vaporosos.

Palanganas de sol o de luceros,
huelen los patios a jazmín y albahaca,
y una náufraga flota de jilgueros
de unos granados en la fronda atraca.

De repente, un lebrel que nunca ladra,
porque es persona culta en el poblado:
más veces un corcel que de la cuadra
trae aromas de campo en el bocado.

El señor... de esos hombres de linaje:
militar, estanciero y empresario;
desde la gola de arrugado encaje,
ve el porvenir con fe de visionario.

La señora de casa, dulce y fina,
es un verso de paz y de belleza;
vestida del rumor de seda china,
besa cuando habla y cuando calla reza.

...Y en el cortejo fraternal, inquieto
el vástago postrer de la familia:
el que guarda de América el secreto
y por quien el destino está en vigilia.

En luz o en sombra vibra la campana
sobre las horas de esta vida en plinto:
la más rútila estrella, por lejana,
se prende al torreón de San Jacinto.

Y han de venir de oriente y occidente,
los pueblos en perpetua romería,
ante esta casa a doblegar la frente,
en rito de civil epifanía...

BOYACA

Aquella fue la excepcional batalla,
única de su género en la historia:
sus muertos no murieron de metralla,
cabe el puente augural de la victoria.
Ni en el estreno ingente de bravura
del Pantano de Vargas.
Héroes de Boyacá: las filas largas
de muertos que encontraron en los Andes
las altas sepulturas,
hechas de nieves y de lavas grandes.

Por el arco del sol, de orto a poniente,
desde las tierras que germinan fraguas,
desandando la ruta de las aguas,
hasta la linde azul de la pendiente:
la Batalla ha subido de los llanos;
cabalga la Batalla en ventisqueros;
de acicates se calza los luceros,
y asida de las nubes a las crines,
la Batalla ha venido,
blandiendo por espadas las centellas;
la Batalla ha venido
en fémures y tibias soplando sus clarines.

(Por alguna rendija de los siglos
Anibal ha mirado...
Y Bonaparte ha visto de vestiglos,
su paso de los Alpes superado...)

Bolívar, epocéntrico,
es una llama en pira de holocaustos.

Casi está solo, pero va adelante,
conductor de huracanes inexhaustos.

Entre las fauces cósmicas,
han muerto ya los que morir debieron.
Los demás, los que quedan, inmortales,
para vencer quedaron y vencieron.

Ejército de espectros:
cuando lleguen a valles y ribazos,
trayendo muerte al fondo de la vida,
han de poner la muerte donde pongan los brazos.

Los muertos ya murieron:
murieron de ascensión, nó de metralla.
Murieron de altitud, murieron de águilas,
en un abrazo de alas con las cumbres.
Murieron donde estalla
la inmensidad total trizada en lumbres...

Excepcional batalla,
cuyos muertos murieron
antes de que crepite la metralla.
Los que quedan se tornan inmortales;
para vencer quedaron y... vencieron.

* * *

¡Un pantano y un puente!
De qué valen un puente y un pantano,
para el tifón humano,
que hizo camino plano,
la marisma, la cumbre, la pendiente.

¡Un pantano y un puente!
bélicas posiciones de reptiles...
Los que vienen, cortaron los perfiles
de la tierra y el cielo con su frente...

* * *

...Y primero el pantano, en son de prólogo,
para enseñar audacia el enemigo.
Mejor que épica acción, sèmeja apólogo
la quiebra de las fuerzas de Barreiro,
por mitades tronchada en el ombligo.

Esta página, escriba, de coraje
más que la pluma de O'Leary, la lanza
llanera de Rondón, que aquel paraje,
de triunfo señaló, cuando bien pudo
ser negra encrucijada de matanza.

* * *

Aplanamiento de fulminea cumbre...
regresión del acero al molde quedo...
áureo descuaje de poniente lumbre...
escultura yacente del denuedo...
Tal el gigante Rooke, que a la cuchilla
—como pieza comida por la herrumbre—
el brazo entrega gangrenado, y ríe
del mutilado miembro ante el impulso:
"Otro mejor nadie lo tuvo", exclama,
y en los minutos de la sangre en pulso,
todas las horas del vivir derrama...

* * *

...Pero vamos al Puente...
El Puente nos espera...
Desde ahora el riachó que lo cruza
no será el Boyacá de pobres linfas.
La guerra hecha torrente,
sin pausa, sin tropiezo, sin ribera,
levanta olas de mar; y entre las ninfas

que de su seno emergen triunfadoras,
está la Emperatriz de los Ensueños;
está Colombia, la sin par Señora,
de quien Bolívar es Quijote y dueño!

Desde ahora el riacho de aquel Puente,
ya no es un Boyacá de aguas sencillas;
este es el Boyacá que rompe orillas
para inundar de gloria el Continente.

*
* * *

Irrumpe Santander contra el "Numancia",
el doble batallón, lujo de Iberia,
que tejidas en fustas las arterias,
cruzó la faz de la invasora Francia.

Por atajos, por valles, por senderos,
la tromba va del hormiguero humano.
Mete Rondón a carga sus jinetes.
La Legión se despliega de extranjeros.
Si una columna retrocede, llega
otra en pos, con fiereza sin medida.
Tiembra la escena agreste sacudida
de fuera a dentro por un sismo de almas.

Hasta la tempestad entra en la brega,
cañoneando relámpagos, hundiendo
finos puñales de agua por los ojos,
y con blancos balines de granizo
acribillando los fusiles rojos...

Santander va hacia el Puente,
como hombre de Academia, pulcramente,
para ganar la orilla de la fama.
Más abajo, entre charcas y malezas,
Anzoátegui circula al enemigo
con círculo de audacias y proezas.

Para atrapar leones,
si son de España, es deficiente el hierro:
la jaula debe ser de corazones...

Bolívar lo ve todo: su mirada
es arma prepotente
sobre el pecho de cada combatiente.
Nada de su pupila escapa, nada.
Toda actitud contempla, todo sector observa.
Su personal acción se multiloca:
aquí vibra su voz, allá su espada;
aquí lanza un refuerzo, allá provoca
el desconcierto en la contraria gente.
Parece su presencia
magnética corriente,
que generara del valor la esencia.

Para atrapar leones,
si de la real estirpe son de España,
no basta el hierro; la fecunda hazaña
debe ante todo ser de corazones...

... Los atrapan al fin. No huyen; se rinden.
Poca sangre vertida, pocas vidas
segadas en agraz. Mas, sin medida,
la bravura es un mar hecho batalla.

... Y los muertos murieron,
antes de que crepite la metralla...
Santander ganó el Puente. Pero el agua
que dentro bulle, ya no es más torrente.
Francisco Santander pisa en el Puente
que un Océano tiene por debajo.
Para este Boyacá no existe atajo,
que inunda en libertad el Continente...

BOMBONA

Este no es campo de combate... Es cumbre...
Inaccesible cumbre de combate...!
Un soberbio anudarse de montañas
que estrangula horizontes sin rescate...
Cresteria en tropel de reciedumbre
que rasga de las nubes las entrañas...
Implacables cuchillas en degüello
de los sangrantes cisnes del ocaso...
Ejército de sombras que en el cielo,
de las estrellas intercepta el paso...

Tremenda arquitectura de basaltos...
Biografía estática del sismo...
Erosión de areniscas en asalto
de las fauces sin vientre del abismo...
Renglonadura en cuarzos y en esquistas,
para la huraña historia de las rocas...
En veces, suaves curvas de elefantes
pero en patas quebradas por aristas,
y la silícea piel de agudas brocas,
que hasta el aire desgarran de punzantes...

Despeño estrepitoso de torrentes,
socavando los álveos de granito...
Chasquidos de ramajes insurgentes
del viento contra el látigo inaudito...
Ausencia de confines... Escenario
del drama vertical de las centellas...
...Acaso ni del cóndor solitario
la abrupta soledad guarda las huellas...

¿A quién se le ha ocurrido
en sitio tal forjar una batalla?
¿Quién es el atrevido,
que hurta el dominio donde la tempestad estalla?
¿Quién es, que en parapeto ha convertido
de su loca fiereza tan hispida muralla?

...Es una egregia sociedad indómita...
es toda una ciudad en fortaleza...
es un pueblo que yergue su grandeza
sobre una arcaica lealtad insólita...

Es la provincia verde de los Pastos,
ojo extraño incrustado entre dos cejas:
el Juanambú del norte y el Guáitaro del austro.

Tierras de tradición: tierras oscuras...
Y tierras de valor: tierras bermejas...

Palingenesia absurda de titanes,
en custodia de intacto vasallaje:
la libertad no cuadra a sus afanes,
y enarbolan contra ella su coraje...

Cuatro siglos letales de conquista
floreciendo el minuto paranoico;
el cuajarón de sangre que se enquista
para vaciarse en el derrame heroico...

*
*
*

...Mas, éste no es un campo de combate...!

Despierta, sin embargo, la batalla...
de abajo para arriba; de arriba para abajo...
Pelea del volcán con la tormenta:
fuego interno revienta
en la hondonada... Llueve la metralla
desde la hirsuta cima por los tajos...

Es preciso subir... ¡Subir! por dónde?
Pero subir... no importa la manera
¡Hay que subir! responde
el duende de la guerra en la ladera

El genio de Bolívar, multiforme,
le retuerce el cerebro de serpientes...
del pensamiento, una serpiente enorme
le brota, que serpea las pendientes.

Un hombre que para otro hace peidano
toda mano crispada para garra
prendida de soporte la moharra,
estacado el fusil de atravesano.

Hay que atarse con lianas las cinturas...
enraizar con miradas en los riscos...
adherirse a las rocas cual las ostras
del talud clavetearse entre los ciscos...
columpiarse en follajes y espesuras...

Flotar en los vapores del pantano
asirse de las jarcias de los vientos...
diluirse en las luces de la tarde...
y los nervios poblar de movimientos
de élitros ascensores aunque enanos

Es preciso subir, porque en la altura
son Basilio García con su gente
del orto amanecido en Angostura,
negra nube cargada de poniente.

Ya la orden está dada por Bolívar...
"Mirad esas alturas, y aunque sea
imposible tarea,
conquistarlas debemos,
y las conquistaremos."

¡Voz de rayo, más bien voz de mandado!
... En la naturaleza,

como en el corazón del combatiente,
la chispa acaba cuando
la lumbrarada del incendio empieza.

Y el incendio se extiende hora por hora,
comiéndose del día los fulgores;
se descuajan malezas; se colora
de polvo y de humo la extensión bravia;
ensordece la torva gritería
del raudal en despeño los furoros;
se libran dos batallas simultáneas:
aquesta de hombres y aqueotra de ecos,
que pueblan las cañadas y los huecos
de una acústica guerra subterránea.

Caen centenas de hombres a la sima,
vencidos por la muerte, pero todos
empuñando una rama de victoria;
Al tope del valor, se enciende el clima,
de adversa sangre en sed vindicatoria;
... y nuevamente el mar, loco beodo,
otra vez rueda y otra vez levanta
oleaje irreductible y su
Que este mar de la sangre se agiganta
si contra fuerzas bósmicas pelea,
y nada le detiene; de estatus,
por que el empuje atrollador proviene
de una fuerza más grande, que es la ideal.

* * *

Pero, hay en el combate, por su audacia,
por su arrojo febril, por una suerte
de histérica ambición de su decoro,
un hombre que parece ser novio de la muerte—
Que codicia en su mueca fina gracia,
y en su eterna quietud busca un tesoro.
Es Pedro León Torres aquel hombre;
a quien, dando comienzo la batalla,

no el plomo, mas la frase que restalla,
hiere en el corazón de su renombre.

“General: ceda el mando de su gente
a otro mejor que Usted para mandarla...”
Bolívar le ha increpado, en la vehemente
urgencia de que una orden no cumplida,
fuese por otro jefe acometida.

Humillado el león de fama y nombre,
fue a abrazar un fusil con arrogancia:
“Libertador, si acaso no soy digno
de servir a mi patria, con el grado
de General, le serviré siquiera
como infimo soldado...”

—“Vuelva a su puesto, General, y quiera
la bélica fortuna que su espada—
marque del pundonor el claro signo”...

Desde entonces no hay punto de reposo
para su intrepidez y su bravura;
combate contra ciento y su figura
en el sitio se yergue más medroso.
Hasta que al fin, vacila y se desploma
con majestad de estatua, de su plinto;
y del pecho quebrada la redoma,
en su licor el mártir rueda tinto.

*
* * *

Al flanco de la tarde, y del paraje al flanco
—más hostil el paisaje, decadente la tarde—
Manuel Valdez, en pertinaz alarde
de la técnica firme de la oruga,
inicia la ascensión por una arruga
que llega hasta la calva del barranco.

Con lentitud avanza la brigada...
cae y se alza la gente...
igual que las acémilas... cargadas
de fatiga, de peso, de gradiente...

Bolívar ha trazado tal camino,
en su geografía de la guerra:
bisectriz entre el genio y el destino,
su estrategia está en él y no en la tierra.

Desde hispido altozano, ve el complejo
de Proteo y de Sisifo en su tropa;
por el doble cañón del catalejo,
su mirada los ámbitos galopa.

... De improviso, arrebañan sus vellones
caravanas innúmeras de nieblas,
que clavadas en agrios farallones,
extienden sobre la hoz blancas tinieblas...

... Hora de plenitud, hora sin tiempo:
la génesis del fuego en los abismos,
tiene las dimensiones del destiempo
y tan sólo se mide en cataclismos...

¡Cumbre... la cumbre humillan con sus plantas
los hombres de Valdez... y a la postrera
fulgencia vespéral, como alas santas,
despliegan de Colombia las banderas...!

*
* * *

Cuatro mil metros de altitud... **soroche**
mal de altura... mal centrifugo de altura,
que extravasa la sangre... Mordeduras
de colmillos de hielo en las entrañas...
se toman de humedad las coyunturas...
se deforman en rictus las facciones...

se vitrifica el aire en las pestañas,
se agitan es asfixia los pulmones.

... Y la noche, que viene desde el tiempo,
cargadas las ojeras

de nubes parameras,
Retaliación del tiempo y la montaña;
mal de altura, el soroche,
mal del tiempo, la noche

La batalla se niega a toda pausa,
Vencida la montaña,
hay que vencer los hombres; de otro modo,
se habrá perdido todo.

Nuevamente a la brega, sin fusiles,
(ya para qué fusiles, a esta hora
de atrofia de la luz y las distancias?)
... Las lenguas, cual de víboras, sutiles;
la espada, el yatagán... sin resonancias,
en esta hora de sombras, de altitud en esta hora.

Carga... tras carga, Fuerza humana, espíritu,
Los dos bandos en pugna barométrica,
por encumbrar su honor a la victoria...
Hasta que, al fin, desde la noche tétrica,
por la ventana de una nube rota,
los cintillos de plata de la luna
perfilan de García la derrota
y alumbran de Bolívar la fortuna...

Cuatro mil metros de altitud... soroche
mal de altura... mal centrifugo de altura
que extravasa la sangre... Mordeduras
de colmillos de hielo en las entrañas...
se toman de humedad las coyunturas...
se deforman en fictas las facciones...

Mayor pujanza bética no cabe,
cortas las fechas son del calendario;
para entrar a Caracas —bien lo sabe—
un vértigo ha de ser su itinerario.

Su tierra... entraña y médula de madre,
floración de bondad en la memoria...
EL LIBERTADOR
no existe ahora... en la madre
que himbar a Caracas con su gloria...

Cabalgando en los Andes, contra el cielo,
llega airoso; combate, tras combate,
siembra de heroicidad el ancho suelo,
y nadie resistir puede a su embate.

Liberadas le aclaman las ciudades,
en su frente una aljaba de fulgores,
su fama es un imán de voluntades,
las mujeres para él, para él las flores.

De Correa, Tizcar y Monteverde
los ejércitos fugan en detalle;
la tierra misma al parecer les muerde,
en la cumbre, en la quiebra y en el valle.

La campaña es veloz, en un alarde
de energía, de técnica, de brillo;
la guerra sin cuartel se atiza y arde
tras el audaz edicto de Trujillo.

De Mérida a Valencia los caminos
se chispean de sangre palpitante.
No hay límites para él en sus destinos,
pues mira cerca lo que está distante.

Cubriendo las llanuras del Araure,
se abren en abanico las legiones;
se suceden los triunfos de Guanare,
San Carlos, Niquitao y los Horcones.

Mayor pujanza bélica no cabe,
cortas las fechas son del calendario;
para entrar a Caracas —bien lo sabe—:
un vértigo ha de ser su itinerario.

Su tierra... entraña y médula de madre...
floración de bondad en la memoria...
no existe gloria que mejor le cuadre,
que nimbar a Caracas con su gloria...

El hosanna... las palmas... los fulgores...
un timbal la ciudad, de parte a parte...
Artista, se le quiebran los colores
en el prisma romántico de su arte...

Libertador: su nombre se pregona
¡Libertador!... No el oro y los diamantes
para ceñirle misera corona...
Su nombre es sólo de él, después como antes...

AMOR Y ABSINTIO

El azogue del mar está tremente.
Como nunca tremente y conmovido.
No es de fiera que ruga; es un gemido,
la voz que entrega el mar al continente.

La tarde empalidece por instantes,
tras el febril desangre del ocaso;
las medias tintas van abriendo paso
a los grumos de sombras vacilantes.

En larga procesión de anacoretas,
que clavan sus cogullas contra el cielo,
levantan las montañas desde el suelo,
más negras que la noche, sus siluetas.

Las frondas cabecean taciturnas,
una vez silenciada la sonata,
que en las gargantas de viviente plata
los pájaros trajeran a sus urnas.

De arriba, las estrellas por enjambres,
dejan caer gotitas de fulgores,
que en el seno dormido de las flores,
serán mañana cálidos estambres.

*
*
*

La "Quinta de San Pedro Alejandrino",
veraniega mansión de castellanos,

tiene francas las puertas, tiene listo el camino;
se dijera que tiene,
acogedoras las abiertas manos,
para la bien venida al peregrino
que cortejado de tristezas viene.

Quinqués de bronce, lámparas doradas,
farolas y candiles y mecheros,
conflagran en la lumbre los regueros,
esclareciendo todas las moradas.

Se cierra el resplandor hacia los campos,
a través de vitrales y arquerías,
mas, las entrañas de la noche impías
sofocan de tinieblas esos lampos.

Tras las lúgubres sombras exteriores,
la funesta estrategia de la muerte,
sitiando al hombre entre los hombres fuerte,
su ejército despliega de dolores.

¡Cuán débil! Qué impotente el artificio
de una tal claridad, pobre ilusoria,
cuando el sol va cayendo de la gloria,
en la noche del alma: el sacrificio!

¡Ah! Quinta de San Pedro Alejandrino!...
¡Getsemani sin ángel de Bolívar!...
Aquí le deparó su último acibar,
al Redentor de América el destino...!

* *

Tormentoso como él, como él gigante,
—el mar!— tan sólo el mar, que es sin linderos,
puede medir los vórtices postreros
de su alma en amarguras desbordante.

—“He arado en el mar! Nada persiste
de mi fugaz carrera de victorias.
Patrias, naciones, leyes: son olas transitorias
en el mar de mis sueños, grande y triste.
¡He arado en el mar!”

Y el mar convulso,
que entiende la ironía de la queja,
torciendo fustas de su piel bermeja,
la orilla azota con furente pulso.

Al romperse las aguas vengadoras,
se arruga en surcos la extensión nielada,
que del Genio recogen la mirada
como un vivero universal de auroras.

Mar de Bolívar: todas las edades,
te debieran llamar ¡oh Mar Caribe!
Pupila innumerable que recibe
del sol de libertad las claridades...

... De nuevo el mar... ¡Pero otro mar: Bolívar!...
De la mortal tormenta entre la bruma,
hinche una ola magnífica de espuma,
que, a pesar de salobre, efunde almibar.

En la flor del recuerdo cortesano,
se acendra la mas íntima fragancia:
barquita de papel, viaja a Francia
la última carta que escribió su mano.

“A Fanny de Villars—6 de diciembre—
Te extrañará que del sepulcro al borde,
la imagen tuya en mi memoria siembre.

“Es mi día final... Con mi alma acorde,
enfrente a mi, se agita proceloso
el Mar Caribe, en trágico desborde,

"Detrás, la sierra plena de reposo
alza su blanco airón de nieve intacta,
cual nuestros sueños del ayer radioso.

"Y arriba la extensión total, exacta:
del cielo más espléndido de América,
en mil matices su fulgor refracta.

"Estás conmigo tú, sutil, feérica,
en guerra con el tedio y el olvido
y a solas con mi gloria cadavérica.

"Estás conmigo en mi último latido
y en la ignición postrera de mi mente.
Fanny: adiós!... Se me ofusca ya el sentido...

"Mi mano que estrechó la tuya ardiente,
en las horas de amor, fe y esperanza,
te escribe hoy esta carta decadente.

"Esta es la letra que proclamas lanza
en Boyacá y en Carabobo, al fuego
iluminada del cañón que avanza!...

"Letra que llena de Trujillo el pliego
y vibra en el Mensaje de Angostura,
cuando mi pensamiento al mundo entrego!...

"¡Verdad! No reconoces su figura!...
Tampoco yo reconocer podría
los rasgos de mi letra en desventura,

"si no supiera que la suerte impía
me echa en la realidad, que es sin rescate,
de este supremo instante de agonía...

"Sucumbiera, más bien, en un combate
de tantos que libró mi augusta espada,
con que mi genio al enemigo abate:

"te la legara entorices, aureolada
del halo fulgurante de la gloria,
que vislumbré a tu lado en mi alborada.

"Mas, hoy muero proscrito, como escoria;
bajo el odio de quienes mis favores
borraron de su honor y su memoria.

"El espíritu presa de dolores,
desgarrada la planta en los abrojos,
los labios empapados de amargores.

"Por ofrenda te doy sólo despojos
y lágrimas que nunca en la tristeza
llegaron a verterse por mis ojos.

"¿Tal ofrenda no es digna de tu alteza?...

"Con mi alma en los peligros estuviste.
Subí contigo a la triunfal grandeza.
Conmigo en los gobiernos presidiste.

"Debe ser tuyo mi postrer aliento,
y este sol de mi tarde, aun cuando triste!...

"En noches de galante arrobamiento,
del Magdalena en el fulgor lunado,
que estremecía de ósculos el viento,

"la góndola de Byron he mirado,
de Venecia surcar por los canales,
como un verso del bardo enamorado.

"Mujeres de belleza archiducuales
iban en ella; pero tú no estabas
de Apolo entre las musas festivas.

"Porque tú, en mi atmósfera flotabas,
con adorable castidad de nieve,
que vuelve blancas las oscuras gravas...

"De las congojas en esta hora aleve,
hora de desengaños sin medida,
encantada ilusión, tu imagen leve,

"en primavera de exultante vida,
toda ella juventud y dulcedumbre,
se asoma ante mi vista ensombrecida.

"Me ves, y en tus pupilas hay la lumbre
que del volcán en ignescencia mana,
irradiando fulgor de cumbre a cumbre.

"Me hablas y escucho por tu voz galana
la cadencia inmortal con que fluyera
en Bomboná y Junín la excelsa diana.

"Saber si recibiste —quien me diera!
mi mensaje de amor, del Chimborazo
entregado a la cúspide señera...

"Fanny: adiós... Ya se rompe el tenue lazo
de la existencia mía, fatigada;
ya me hundo de la tierra en el regazo.

"Fama, dichas, honores: todo... es nada...
Visión celeste, sólo tú destellas
de mi eterno silencio en la portada.

"La misión me tocó de las estrellas:
rasgar de las tinieblas el abismo
un breve instante, y en el seno de ellas
sumar la propia sombra de mi mismo...

"Tres hombres, sólo tres, han existido,
en el misero mundo, semejantes;
cada cual de los tres siempre batido
por el odio y la envidia circundantes.

"Tres redentores de la humana suerte:
Cristo, el Quijote y yo; a quienes paga
con befas, con heridas y con muerte
aquella misma humanidad aciaga.

"Locos los tres ¡los tres decepcionados!
Cristo de amor... Quijote de hidalguía...
Y yo de libertad... Crucificados
a lo largo del tiempo, en trilogía..."

En memoria de Emmanuel Honorato

Wáruet.

* *

SALVACION

... Perdón, Simón Bolívar... te equivocas...
Ni el Cristo, ni el Quijote, ni Bolívar,
izados del dolor sobre las rocas,
habéis sorbido en vano vuestro acibar.

Cristo al morir, a quien ninguno iguala,
se hizo eje del mundo y extendido
entre el cielo y la tierra —única escala—,
lleva hasta Dios al hombre redimido.

Anda el Quijote tras la estirpe mala
de los endriagos que en el mundo han sido,
y a golpes de ideal, su lanza cae
en las entrañas del vulgar sentido.

Y Bolívar encarna en el proscenio
de los siglos presentes y distantes,
la libertad creada por su genio

Cristo, el Quijote y Tú: los tres sois hombres
—con proporción debida— semejantes,
y sois eternos de hechos y de nombres...

VOCES ERRANTES

En memoria de Emmanuel Honorato
Vázquez.

SALUTACION

Salve, noble señor, de los gestos gallardos,
que la vida viviste como flor de hidalguía;
no extrañes que remueva las malezas y cardos,
funeral cortinaje de tu mansión de hoy día.

Me llego a tu ara triste con ofrenda de nardos,
brotados en mi pristina parcela de elegia;
el alma traigo tensa, como un arco con dardos,
para ahuyentar los cuervos de la región sombría.

Desde que hiciste mutis en el drama inconcluso,
las formas señoriales van cayendo en desuso
y más vulgar se torna el mundo de los vivos.

Persiste, sin embargo, la enmudecida escena,
cual si volver debieras, personaje de pena,
a concluir la trama de los truncos motivos.

PROSAPIA

La tierra del Quijote, andariega y humana,
se pegó en la medula de tu ancestral nobleza,
y —armado caballero— Dulcinea lejana
fue para ti la eterna e inasible belleza.

Sobre campos ilimites marchó la caravana
de tu arte original en rumbo y sutileza:
tu espíritu inestable, como el alma gitana,
se evadió del pantano normal de la bajeza.

Tu traje completaba la racial galanura
de paladin exótico de ánimo y de figura:
el gris chambergo grande de fieltro cordobés,

la ancha faja moruna, la capa donjuanesca,
la amplia cinta del cuello, móvil, funambulesca,
y el grueso camafeo de esculpido pavés...

ORO VIEJO

Perpetuaste el prestigio de remotas edades,
en el siglo baldío de hazañas y blasones,
que tiene como timbre de huecas vanidades,
circulando en las venas ponzoña de escorpiones.

Vagabas peregrino, hurgando en las saudades
de cosas arrumbadas, tras humildes rincones;
despolvabas de olvido las muertas claridades,
y en tu torno forjabas tu país de emociones.

Hoy ruedan empañados los finos brocateles,
los bordados mantones, las repujadas pieles;
la sutil porcelana está ciega al trasluz.

Y al parvo laberinto del que fue tu aposento,
se cuela de las brisas errantes el aliento,
rezando responsorios ante maltrecha cruz.

ETOPEYA

Tu espiritual retina fotografiaba el alma
que anima los paisajes de esta azul serranía;
inconforme de espacio, renegado de calma,
los cánones rompiste de la usual armonía.

Si al margen del remanso fuiste como la palma,
que retratar se deja por el agua sombría,
en cascadas de sangre que la pasión ensalma,
rompiste el férreo dique de la melancolía.

Trovador y puchista, bohemio y caballero,
artista y artesano, pintor y jardinero,
catador y noctámbulo, místico y pecador:

Intersección de tiempos apersonada en nombre,
divergencia de ambientes encarnándose en hombre,
de tu drama inconcluso, tú fuiste autor y actor.

PAISAJES DORMIDOS

Se apagaron a tu éxodo los ocasos dorados,
se empolvó de vapores el transparente cielo,
los pájaros del huerto callaron angustiados,
y el rumor de las frondas se hizo salmo de duelo.

Vecino de tu estancia, mordió el río los prados;
rebelde de tu ausencia fue socavando el suelo;
inquirir parecía tus rastros desolados,
con encono de fiera encrespada de celo.

¿Tal vez tu despedida tuvo secreto influjo
para tal contrición de la naturaleza?...
¿la pena de las cosas tu partida produjo?...

El avatar proteico de carnales despojos,
en choque con lo eterno, es la total tristeza,
y las cosas entonces lloran por nuestros ojos...

EL TRONCO ANCIANO

¿Recuerdas del anciano que te llamó a la vida?...
Noble amigo de todos; lo fue también contigo,
y mucho más, pues eras harina de su trigo,
engendro más de su alma que de la carne henchida.

... Herida del espíritu, inmaterial herida;
soledad imposible de compasión y abrigo:
tu amigo que era padre, tu padre que era amigo,
sólo él —cual merecías— te sintió sin medida.

Roble de acantilado, escueto roble fuerte,
sorbí sal de dolores y aire de desencanto,
izando contra el viento su pabellón de muerte.

Estatua del silencio, antena del mutismo,
implantada en el valle del postrimer quebranto,
su relieve de sombras era un hito de abismo.

¿Y LA DULCE AMADA?...

Ah; la tan blanca amada! la amada nacarada!...
síntesis de infinito, de cielo, mar y aurora;
la socia luminosa, profetisa y creadora,
sin la que el breve mundo del amor fuera nada.

Tu amada, la que el lirio tronchó de la alborada,
dando paso a las rosas que la pasión enflora;
insomne de ternura, sincrónica a toda hora,
la amada siempre misma y siempre renovada.

Tu amada blanca y rosa te inquirió en las estrellas,
tendió escalas de ausencia a tus difusas huellas,
marchitada de sombras detrás del sol esquivo.

Y en alas de sus pétalos postreros de hermosa,
dejando tu recuerdo y el suyo en la blancura
de nuevas rosas tuyas, voló a encontrarte vivo.

CONVENGO CON TU MUERTE...

Convengo con tu muerte... Mas te pido una cosa:
que no apagues los ojos, que abras siempre los ojos;
yérguelos por encima de los agrios abrojos,
cambiándolos en flores de nueva y fresca rosa.

Hundido en el letargo perenne de la fosa,
tus raíces revienten en fragantes manojos,
y en círculos azules y otros círculos rojos,
vuele —como volaba— tu alma de mariposa.

Anhelo que la tierra no te sea liviana;
prefiero que la sientas tectónica y humana,
caricia de la cruda ley de la gravedad.

Para que tú resurjas desde lo más obscuro,
perforada la frente por un diamante puro,
más allá del recuerdo... en la áurea claridad...

A LOS AVIADORES CAIDOS

Hermanos de los cóndores, viendo al sol de hito en hito,
cayeron cual los cóndores, tatuados de infinito,
en mortajas de nubes y tumbas de granito.

Banderas libertarias de carne palpitante,
izadas en el asta del acero vibrante,
que redime el martirio del agobiado Atlante.

Desligados de amarras, con afán impetuoso,
emprendieron las rutas del cielo silencioso,
segados los laureles y rosas del reposo.

Novios de las esferas, caballeros del viento,
raudos como las alas que agita el pensamiento,
perfumaron la atmósfera con vapor de su aliento.

Las cumbres, desde abajo, saludaron su paso,
batiendo de las nieves el pañuelo de raso,
y marcando horizontes ajenos al fracaso.

Los hórridos relámpagos se vieron sorprendidos
en la altura fulmínea de sus eternos nidos,
en donde las tormentas incuban estampidos.

Entreabrieron las punas sus pupilas de lagos,
ávidas de la imagen de unos pájaros magos,
que sesgueaban el vuelo por límites aciagos.

Doncellas encantadas, tras de la celosia,
con que su faz encubre el sol del medio día,
las estrellas les dieron miradas de alegría.

Mas, la tierra que es madre, y amante y prometida,
de los férreos pegasos tronchó la aérea brida,
y en festin de cenizas glorificó la vida...



MI EVANGELIO

(Fragmentos)

APERI, DOMINE...

En el Nombre del Padre —una vez Santo...

En el nombre del Hijo— otra vez Santo...

Y del Espíritu en el Nombre Santo...

Yo, poeta cristiano, alzo mi canto...

Para cantar con voz de poesía,
de poesía humilde, la armonía
del Evangelio de Jesús, que un día
se hizo Hombre en las entrañas de María.

¡Señor, abre mis labios!... Con carbones,
rojos al vivo, como corazones,
purifica de mal mis intenciones.

Y juntaré el murmullo de mi verso,
límpido entonces, polícorde, terso,
a los Laudes de todo el universo...!

ET VERBUM CARO FACTUM EST...

Jo. 1— XIV

De la infinita sombra temerosa
la tarde caminaba a lento paso,
y un desangre de pétalos de rosa
coloreaba los velos del ocaso.

En la difusa linde comarcana,
tutelando el poblado y la pradera,
el Libano surgía.

De su brillante cúspide lejana,
perenne asilo de la primavera,
un efluvio de aromas descendía;
como si la montaña cariñosa,
viéndole al valle huérfano de flores,
le enviara en el aliento los olores
que respira su entraña milagrosa.

Y más allá el Carmelo, preferido
por el sol vespéral que en ascuas arde,
y recoge el postrer rayo perdido,
como un cirio muriente;
mientras en la linterna del oriente
prende su luz la estrella de la tarde.
El Carmelo, montaña de misterio,
en que irradió la tenue nubecilla,
que el Profeta adoró con fe sencilla,
y en donde halló perpetuo refrigerio,
para volar por sobre las edades,
en su carro de fuego,
hasta el día en que se hundan las ciudades
y el universo caiga loco y ciego.

Era la paz de Dios... Tras las cortinas,
que doquiera colgaban las neblinas,
como casta doncella que procura
ocultar, entre sombras, su hermosura,
cuando desnuda va a buscar el lecho;
así en la alcoba de la noche oscura
entraba Nazareth. Ningún cuidado
perturbaba su calma. Cada techo
cobijaba un hogar bueno y sencillo,
en que más que el fulgor del braserillo
que abrigaba el ambiente,
florecía la dicha sonriente
de esperar al Mesías anhelado.

Allá, cual en estampa de cortijo,
la postrera entre todas de esa calle,
que el Cizón va llevando de la mano
hasta perderla en el verdor del valle,
en la penumbra del muriente día,
como todas las tardes, se envolvía
la casa de Joseph, el artesano.

Nada de extraño en ella. El carpintero,
cansado del afán de la jornada,
la sudorosa frente, por almohada,
confiaba a la crudeza de un madero.
Con el suave resuello de sus labios,
que el frío condensaba en espirales,
rítmicos de emoción, los versos sabios
del salterio, brotaban a raudales.

Hacia la entrada, el fogaril lamía,
con su cárdena lengua, el negro muro,
y al vaivén de la llama, un inseguro
movimiento de sombras sucedía.

Proyectando una excéntrica figura,
a la manera de hongo agigantado,
sobre la recia punta entronizado

de rígido sarmiento, el vellocino
teñía y desteñía su blancura,
a través de la estrecha ligadura
del retorcido cingulo de lino;
en tanto que, prendido a la blancura
del copo, cual si fuese niño tierno,
que albergue busca en el calor materno,
siempre exigente pero nunca intruso,
fatigado de tanta travesura,
su sueño de quietud dormía el huso.

En el pesado banco de labores,
la herramienta de empleo cotidiano,
con la huella aún caliente de la mano
que le urge del trabajo a los rigores,
en las broncas aristas
reflejaba las tintas amatistas
del fuego del hogar.

¡Era la calma,
que del silencio la virtud ensalma!

Oculto en la estrechez de su aposento,
la Virgen Nazarena, el pensamiento,
suspense en la plegaria, retenía;
al igual que en un día y otro día
de cuantos deshojaban los instantes
de su vida terrena. Así como antes,
pide esta vez lo que pedir solía,
que el momento se llegue venturoso,
en que el Grande y Divino Deseado,
rasgando el Cielo, baje presuroso,
a cortar el estigma del pecado.

... La estancia está en quietud; en torno de Ella
ni siquiera una ráfaga palpita.
Es ya de noche... Sólo alguna estrella
el tál de sombras de su rostro quita.

De improviso, María
escucha una inefable sinfonía,

cuyos rumores crecen por momentos,
en efluvios de ritmos y de acentos.

El ambiente satura una fragancia,
cual si todas las cosas,
conjuntamente, dentro de la estancia,
se cambiaran en rosas.

La luz, aquella tenue criatura,
que es su mejor hermana,
invade, milagrosa, la ventana,
para besar su mística figura.

En medio de la extraña maravilla,
el Paraninfo celestial asoma:
más que el sol del cenit su rostro brilla,
y un vientecillo suave se promueve
al plegarse sus alas, cual de nieve.

María, al verlo, siéntese turbada,
tiemblan sus manos cual marchitos lirios,
se nubla el resplandor de su mirada
y su alma inmaculada
se abstrae en humildísimos delirios.

El mundo, como siempre, se halla ajeno
a mirar más allá de lo terreno...

¡Entonces fue la Anunciación!

...Y dijo
su mensaje Gabriel:

—“Yo te saludo,
llena de gracia. El Dios tres veces Santo
contigo está. De todas las mujeres,
a ti, más que a ninguna, te bendijo.
De su presencia acudo,
trayéndote el mensaje sacrosanto,
su mensaje de amor: ¡Bendita eres!...
No temas, nó; que al verte Dios tan pura,

su Hijo quiere, Señora, hacerse tu hijo,
y el Increado ser en ti criatura.
Y este hijo de tu seno,
que has de llamar Jesús, será tan bueno,
que lo mismo dará nombrarlo un día,
Hijo de Dios o Hijo de María.
Sobre la sede de David su abuelo,
asentará el Señor al Rey bendito,
y su augusto reinado en la áurea casa
del Patriarca Jacob será infinito!...
Habla, habla ya, Señora,
que de tu voz despende Dios ahora!...”

Entonces Ella habló...

Mientras decía
el himno virginal de su pureza,
pensó Gabriel que aquella melodía
faltaba del Empireo en la grandeza;
y medir pudo el infinito anhelo,
con el cual Dios quería,
trocar la excelsa plenitud del Cielo
por esta tierra misera y vacía.

—“¿Cómo puede una virgen intocada,
concebir en su entraña inmaculada...?”

El Enviado repuso, que el misterio
su virtud no pondría en cautiverio.

¡Entonces fue la Encarnación!...

La pura
Doncella deja que abra
el milagro sus tocas de blancura:
—“Yo soy la esclava del Señor, murmura,
hágase en mí conforme a tu palabra...”

Y mientras el Acángel se perdía,
Jehová, desde el Arca sempiterna,
por la ventana de la Profecía,

echa a volar a la Paloma Eterna,
que se posa en el seno de María.

Ya la oliva de paz queda sembrada
en el misero surco de la nada...

El Hijo del Altísimo, que engendra
luz en los soles y olas en los mares,
como si fuera diminuta almendra,
germina oculto en tierra de pesares...

¡Es el minuto, que en el Paraíso
prometió Dios, cuando el pecado se hizo!...
¡Es el minuto que ordenó el Eterno,
para humillar las fuerzas del Averno!...

¡Dios te salve, María, en gracia plena;
el Señor es contigo.
En tu dicha se ahoga nuestra pena;
por Ti para la culpa no hay castigo!

Rosa blanca, tus pétalos vernaes
en pascua de rocío se embebieron;
pues las nubes al Justo ya llovieron,
y corren cristalinos los raudales.

¡Eres raíz del Arbol de la Vida!
Al comer de tu Fruto bienhadado,
a ser cual Dios el hombre habrá llegado.
No sospechó la sierpe maldecida,
que su engaño en verdad fuera trocado...

¡Salve, Madre de Dios!: te repetimos,
desde la senda, en sombras, que seguimos.
Mas, para tanta gloria soberana,
acuérdate de que eres
troquel de Dios, pero de arcilla humana,
¡oh Bendita entre todas las Mujeres...!

... ECCE MAGI AB ORIENTE VENERUNT ...

Matt. 11—1.

Caravana de Oriente,
que viene desde reinos muy distantes;
rumor de lejanía que camina,
tras la luz seductora hecha diamantes,
de la estrella fulgente,
que almas y que senderos ilumina...

Caravana de Reyes, jardineros
de las flores del cielo: los luceros...
Han visto que allá arriba, de repente,
abrió el botón de luz la nueva estrella,
y por seguir su alucinante huella,
se vienen desde el fondo del Oriente!

Viejos Reyes de barbas de platino,
de ojos serenos como un cielo claro,
de cabellos mullidos como el lino,
de rostros hechos del marfil más raro.
Viejos Reyes astrólogos que saben
el oculto sentido de las cosas;
que descifran las cifras misteriosas
que en los signos celestes sólo caben:
vieron del astro nuevo la hermosura,
y se han puesto en camino el mismo instante,
como si el haz de lumbres que fulgura
les sirviera de imán, a lo distante.

Y se van... Ya se vienen... El desierto
les ve cruzar sobre su espalda bruna,

y el huracán se entierra como un muerto
debajo de la arena de la duna.

Largas filas de ritmicos camellos,
que conducen esclavos de Etiopia,
cuentan al balanceo de sus cuellos,
las horas lentas de la romeria.

En linea paralela, va delante
el astro milagroso sin ocaso,
por su ruta brillante,
como los peregrinos, paso a paso.

No empece el sol a su fulgor potente,
que a la noche transforma en claro dia,
pues la órbita de este astro reluciente
escapa a la sidérea teoria.

Sobre el cenit apareció, sin orto,
en media noche de una noche buena,
al estupor del firmamento absorto
ante esta inundación de luz serena.

Pero... ¿es astro o no lo es?... No importa aquello:
hizo antes Dios la luz, que no la estrella.
Acaso quedó oculto este destello
de la luz primigenia, que brotara
del fiat creador a que con ella
el nuevo excelso dia se iniciara.

Venid, Magos de Oriente, desde el fondo
de la sabia Caldea milenaria;
filósofos magnificos del hondo
pensamiento del grave Zoroastro;
venid, traed vuestra alma solitaria,
no en pos de los fulgores de aquel astro,
que en el Irán mirásteis conmovidos,
sino en pos de la lumbre sempiterna,

que se inhiben de asirla los sentidos,
pero que alumbra la mirada eterna.

No la perdáis de vista; que si ocurre
que la dejéis de ver, vuestro sendero
se esconderá en tinieblas más atroces,
que las que atrás se quedan gravitando;
y en vez del ideal que vais buscando,
al palacio entraréis de un hombre artero,
en cuyo pecho todo mal concurre
y a quien fulminan dos ingentes voces:
la del pueblo que execra su presencia
y la de Dios que quema su conciencia.

Acabo de deciros... Ya la estrella
borró del cielo su inefable huella...!

No penetréis, oh Magos, al recinto
del rey podrido en alma y en materia.
No importa que perfumes de jacinto
unjan la fetidez de su laceria.
Ese hombre apesta sobre el mundo entero;
ludibrio de la especie es aun su nombre;
podría hallarse de él simil certero
si del Mar Muerto se engendrara un hombre...

Mas, penetrásteis ya!... Salid de prisa,
a buscar aires puros en el campo:
que os besen las frescuras de la brisa
y halléis, de nuevo, de la estrella el lampo.

Pero, os digo desde hoy: cuando en regreso,
tornéis a vuestras levantinas tierras,
salvad atajos, escarpad las sierras,
mas huid, huid lejos del poseso.

...Y ahora proseguid en vuestra marcha;
vais cerca de Bethlem, en donde el dueño

del astro que miráis, entre la escarcha,
duerme en la flor del más tranquilo sueño.

... Vedlo, por fin; ya se abre a vuestros ojos
la inocente blancura de su armiño.
Caed ante El; ante El caed de hinojos:
es el Dios que buscábais... hecho niño...

El regazo sutil de esa Doncella,
que allí véis, concibió tanta hermosura.
No lo pongáis en duda, si a la estrella
supo dar vuestra ciencia fe segura.
Precisamente, porque magos sabios
sois vosotros, tal signo os fue previsto;
de modo que al girar los astrolabios,
en el lucero conozcáis a Cristo.

Más sencillos e ingenuos, los pastores
tuvieron otro signo: los Querubes,
que en bandadas bajaron como nubes,
a anunciarles del Cielo los favores.

(¿Alguno de esos ángeles ha sido,
la estrella que os condujo hasta el establo?)
... Sólo un seno de Virgen ha podido
ser, en el mundo, para Dios, retablo...!

Adorad al Infante, oh sabios Reyes,
y a la Madre Doncella, que os lo entrega.
Tiempos nuevos regulan nuevas leyes,
del trigal de Israel haced la siega.

Abrid los ricos cofres de los dones,
que de Madián y de Epha habéis llevado;
que en ellos comprendéis los corazones
de cuantos a Bethlem no hemos llegado.

Sois personeros de la estirpe humana
en tiempo y latitudes esparcida;

formamos parte en vuestra caravana
los que hoy vivimos la cristiana vida.

Derrochad de los cofres el tesoro:
tú, Gaspar, quema incienso perfumado;
tú, Baltasar, trae bálsamo sagrado;
y tú, Melchor, saca a lucir el oro,
todo el oro que puedas; siquiera éste
deje de ser codicia de la escoria:
que tu desprendimiento a Dios le preste
oro a cambio de réditos de gloria.

Y tu incienso, Gaspar, suba en volutas,
desde los pies del Niño, hasta las nubes,
cual si fueran escalas impolutas,
a que bajen del cielo más Querubes.
Suaviza, Baltasar, con tu resina,
las ásperas aristas del establo,
a que no hieran en la piel divina,
a manera de filos de venablo.

... Y volvéos, después, Magos brillantes;
trinidad de pontífices paganos;
y anunciad a los pueblos ignorantes,
que no hay más Dios, que el Dios de los cristianos.

... Mas, volvéos por sendas extraviadas,
y huid de Herodes el contacto inmundo.
Llevariais las almas mancilladas,
si a ese hombre viérais, que inficiona el mundo.

MISERICORDIA MOTUS SUPER EAM, DIXIT ILLI:

NOLI FLERE...

Luc. VII—XIII.

No en vano ha de decir, un día, Cristo:
"Soy la resurrección y soy la vida";
verdad es su palabra, y nadie ha visto
su inefable palabra desmentida.

La tierra pasará; también el cielo...
la tierra que recoge nuestras huellas...
el cielo que recoge nuestro anhelo...
tierra con sombras... cielo con estrellas...
Cielos y tierra pasarán; mas, nunca
la palabra divina de su boca,
ha de pasar o ha de quedarse trunca,
cual de los hombres la palabra loca.

Verdad es su palabra, y ella misma
senda es también que a la verdad conduce,
vida es también que en la verdad se abisma.

Cuando penetra en un recinto oscuro,
por algún huequecillo inaparente,
del levantino sol un rayo puro,
el polvo inanimado del ambiente,
palpita, se estremece, se ilumina,
y por la escala blanca del destello,
hacia el foco radiante se encamina...

Verdad, sendero, vida: la palabra
de Cristo es cual la luz; astro que atrae,
rayo que alumbra, fuerza que reanima.

Es tortuoso el camino y es estrecho.
Cristo y su comitiva,
de tránsito a Naim, cobran la vera,
mientras pase un cortejo funerario,
que cubre de la senda largo trecho,
en gemebunda hilera.

El coro de flautistas que precede,
vierte cadencias lúgubres. El llanto
es grito a veces, y es a veces canto.

...Nadie puede llorar como otro llora;
que el dolor, como el mar, cada ribera,
azota, en su furor, de otra manera.

Suspiros que entrecortan los lamentos;
querellas que epilogan los sollozos;
de las dichas de ayer tristes recuentos;
condena airada de esperados gozos.

Reproches al difunto, que sin causa,
hurta al amor de todos su presencia;
guiones de silencio, que hacen pausa
de nuevas amarguras a la urgencia.

Conjunto de disimiles acentos.
Orquestación sin ritmos ni armonías.
Da conciertos la muerte con lamentos,
y compone, con gritos, sinfonías...

Pero, hay una mujer allí, que a todos
supera en agonía desolada,
que ni un instante aparta la mirada

del rostro del difunto... que le llora
de un modo tan distinto de los modos
que tienen de llorar las otras gentes...
que, a través de sus labios desteñidos,
mordiéndose la voz entre los dientes,
deja escapar tan íntimos gemidos...

Una mujer, que siente por el muerto
un dolor sin segundo...
una mujer, que debe ser de cierto,
quien más le amó en el mundo...

La contempla Jesús, y tan de cerca,
que también El, con la mirada mustia,
siente que el paso de la muerte terca
sumerge su alma en piélagos de angustia.

La contempla Jesús... Ella los ojos,
en todas partes pone enajenada;
de su perdido amor, tristes despojos,
deja doquier mirada tras mirada...

La contempla Jesús... Si ella supiera,
que Aquel que le ha mirado,
puede hacer realidad de una químera,
que ni su amor materno habrá soñado...

... Si ella supiera quién es El, sin duda,
estallaría en peticiones tales,
que toda su alma huérfana y viuda,
correría en plegarias, a raudales...

Mas... no es preciso que ella se lo pida.
Las madres piden todo con su llanto.
Y Jesús, esta vez, va a hacer la vida,
para calmar el maternal quebranto.

... Y primero, en coloquio de consuelo,
que se instila a través de sus dolores.

las tocas apartándole del duelo,
le dice Cristo a la mujer: —“No llores”.

No llores más, mujer; ha naufragado
la caridad de Dios en tu amargura.
Más que mandarte, Cristo te ha implorado:
no le ahogues el pecho en tu tortura.

Consolar a quien llora: eso es primero.
Resucitar a un muerto: eso es prodigio.
De que Cristo ama al triste con esmero,
el milagro vendrá para vestigio.

... En media vía el féretro detiene,
con ademán de imperio soberano;
irradiando poder, hacia él se viene,
y la del muerto estrecha con su mano.

Alza, luego, la voz, a que taladre
el silencio infinito de la muerte.
Mas no oparta la vista de la madre,
porque no caiga, de emoción inerte.

Y cuando todo está dispuesto, cuando
la mujer ya no llora, dice Cristo:
—“Levántate, mancebo; te lo mando...”

Las pálidas mejillas del difunto,
se han teñido de rosa; bien abiertos,
sus ojos ven la luz; y al mismo punto,
hablan sus labios, hasta entonces yertos.

El hijo resurrecto, Cristo lleva
a la madre inebriada en regocijo;
su seno no engendró la vida nueva,
que es fruto de sus lágrimas este hijo...

De su barca de sombras, al minuto,
salta el viajero a la inicial orilla.



La faz materna, en el cendal de luto,
es como un sol que en media noche brilla.

*
* * *

¡Bienhadada mujer! recibe albricias.
Hiciste con tus lágrimas, sin duda,
que tu hijo torne vivo a las caricias,
que en tu alma sepultó la muerte ruda.

Volvieron a ser tuyas las primicias
de su boca filial, una vez muda,
que con besos de amor sembró delicias
en tus cansadas horas de viuda.

Maestra en el lenguaje de las penas ,
cual tú deben llorar las madres buenas,
por otras muertes de cada hijo amado.

Si así lloraran, cuántos, por lo visto,
resucitaran a la voz de Cristo,
sobre el féretro mismo del pecado...

HONTANARES RECONDITOS

ACTO DE PRESENCIA

Eucaristía y Cruz: la bilogía
de tu reino en las almas, Buen Maestro;
dos formas tuyas de volverte nuestro:
dolor y amor, rescate y compañía.

Misterio de blancura: Eucaristía,
Misterio rubicundo: Cruz. El estro
del Verbo—Dios en terrenal secuestro,
del hombre para eterna granjería.

Dame a comer tu Pan de sacramento,
dame a beber tu Vino de tormento,
suspendido en la Cruz que me redime.

A veces en la Hostia hay amarguras,
como en la Cruz, a veces, hay dulzuras:
en tus dos formas mi alma goza y gime.

ACTO DE PENSAMIENTO

Tú has hablado, Señor. Has dicho: "Este
es mi cuerpo entregado a mis hermanos".
Y hallando modos de poder arcanos,
tomas sayal de trigo como veste.

Naufraga mi razón en el celeste
piélago de tu voz. Junto las manos.
Y aquietando mi nido de gusanos,
armado de la Fe, soy de tu hueste.

Yo creo en tu palabra, que es fianza
de verdad y de bien; por ella vivo
transido de vigor y de esperanza.

Tiene el misterio en Ti causa y motivo,
y hasta donde la mente no me alcanza,
te adoro dentro de mi ser cautivo.

ACTO DE VOLUNTAD

Como es de amarte más, de amarte tanto,
que no me quede fibra sin sentirte,
que en mis labios palpites para asirte,
y que en mis ojos tiembles para llanto.

Como es de amarte más, de amarte cuanto
preciso fuere para en mí fundirte;
de suerte que en mi barro al confundirte,
tenga yo para amarte tu amor santo.

Mi Pan, mi Pan de siempre en la partida:
confite de niñez fragante a lirio,
dieta de juventud pujante a vida.

Y en esta madurez de penas y años,
luz de resurrección de un alto cirio,
en la espera del día sin engaños.

ACTO DE RECUERDO

Tú recuerdas también... pero recuerdo
la mañana azul y oro de la infancia,
que abolió para siempre la distancia
del hambreado gorrión al campo eterno.

El brazaletes limpiado... el cuaderno
de parvas oblacones... la ignorancia
bautismal del pecado... la prestancia
de amarte con palabras de hombre cuerdo...

Te dije: Sólo para comulgarte
Tú me creaste y yo nací cristiano.
Presumia: Elegí la mejor parte...

Por el caño corrió la gracia en vano,
y olvidó mi molino el ágil arte
de moler mi sustento cotidiano.

ACTO DE SED

¿Me tienes sed?... Pero tu sed es loca...
Sorbo pequeño en labios infinitos...
No refresca al estio breve gota,
y me llamas, me llamas, pero a gritos.

Como tu sed es tal, y de tu boca
siento llegarme alientos encendidos,
que el escaso licor que hay en mi copa
se inflama de tu fuego a los latidos.

Mas, si en tu sed se vierte mi deseo,
yo soy ahora quien quiere sumirse,
de tu cisterna al fondo sin sondeo.

Oh! llama de tu sed!... claro fluirse
de tu sol por mi sangre en devaneo...
Absordido por Ti, dulce es hundirse.

ACTO DE CONFUSION

A los pies del Crucifijo.

Hay en tu Cuerpo pálido y llagado,
más nieve que en las cumbres de la tierra;
tu mortal desnudez, Crucificado,
más resplandor que el cielo todo encierra.

Si se enfrentan tu albor y mi pecado,
tu castidad a mi maldad aterra;
Tú eres el vencedor, yo el derrotado,
de tu luz y mis sombras en la guerra.

... Pero es mio el dolor que te tritura,
... pero es mia la sangre que has vertido:
ha llenado mi abismo tu hermosura.

Tú quedaste marchito y desvestido,
y yo llevo tu amor por vestidura:
al fin, dime Señor, ¿quién ha vencido?...

ACTO DE LA PROMESA NUEVA

Pan! Pan lleno de todos los sabores,
del encendido amor cocido al horno,
viático en la senda del retorno,
divina medicina de dolores.

La tierra vegetal de mis fervores
es tan poco profunda, que al contorno
de los días, se mustian de bochorno,
por débiles, los tallos de mis flores.

Despojo de la trilla sin simiente,
aventaré de la era el fútil tamo,
en busca de cosecha nuevamente.

Yo resigno en tu pecho mi reclamo,
que es promesa confiada, aunque doliente:
Señor! Señor! Tú sabes que te amo...

INVOCACION A DON QUIJOTE

A Cervantes, en el cuarto centenario de su nacimiento.

Va para cuatro siglos que deambulas el mundo,
sin rival caballero, que no tiene segundo:
el de la acción intrépida, el del mirar profundo.

Poco firme de estribos, invinculado a quicio,
prosigues tu batalla contra el desmán y el vicio,
aunque el vulgo se mofe de tu falta de juicio.

Sancho plural, el vulgo te sigue en la aventura,
y hace suyo el botín, si triunfa tu bravura,
o ríe del desastre de tu triste figura.

Pero tú, andas y andas a todos los confines,
y hasta el jamelgo flácido, ya sin cola y sin crines,
prende con chispas de oro los guijarros ruines.

Jinete apocalíptico, has teñido tu lanza
con la sangre del iris, y en misión de esperanza
tu sombra se proyecta por la azul lontananza.

Que asomaste en la Mancha, oh ilustrísimo Loco,
lo dice tu cronista... no lo niego tampoco ;
mas, todo el universo, por patria tuya, es poco.

Ciudadano del orbe, la partida primera
de un registro de nombres, que nadie la inscribiera,
da fe de tu bautismo en un país cualquiera.

...¿Inscribirla?... no falta; si está hecha tu sustancia
con la esencia más fina de la humana fragancia,
y eres el hombre innato, sin edad ni distancia...

Va para cuatro siglos... He dicho mal... Los años
no son cifras de gloria... Se cuentan los rebaños...
se pesa la materia... se miden los tamaños...

Y tú, eres arquetipo... Eres persona en trance...
Sobre el divino fiat, eres místico alcance...
Entre el hombre y la especie, módulo de balance...

...Entraña filosófica... destello liberado...
síntesis de ideales... blasón inmaculado...
dolor abstracto... amor redempto de pecado...

Tuviste un avatar en la mente del genio:
un avatar, no más, pujante y primigenio,
tal que lo reclamaba el mundanal proscenio.

Desde entonces, te mira la turba migratoria,
mil veces derrotado, pero mil en victoria,
con el rostro señero asomado a la historia.

Principal personaje del drama de la vida,
eres prosopopeya de toda acometida,
en que el valor se muestra y el interés se olvida.

Hay en los horizontes cien molinos de viento,
que trituran el grano del candeal pensamiento.
por buscar el salvado de grosero alimento.

Torvos enterradores, por las rutas oscuras,
siguen llevando féretros, rumbo a las sepulturas,
que suman en su vórtice tantas virtudes puras.

Todavía se arrastran cadenas; hay galeotes
forzados a galeras, tras de negros barrotes,
en que la sangre cuaja melancólicos brotes.

Corren aún carruajes, con damas encantadas
por magos criminales, que pueblan las barriadas
de las grandes ciudades, al placer resignadas.

Gigantes hiperbólicos, entre las manos rudas,
sofocan el aliento de las rosas desnudas,
sabiendo que las flores son bellas, pero mudas.

Y van las multitudes, en desfile gregario,
sumisas a la pértiga de un zagal victimario,
para carne de guerra y para cal de osario.

Pon en ristre tu lanza; golpea en los hijares
del rocín turbio y magro, comido de pesares,
y enciende de furores los ojos estelares.

No importa que sucumbas... nada importa el fracaso:
tendido en el camino, tu propio cuerpo laso
es la conciencia cósmica que cierra al mal el paso.

Encárnate en los hombres: a este tiempo es preciso,
que dejes de ser uno, de carácter conciso,
y te hagas tipo múltiple, pueblo —tal vez— de viso.

Dispersa las cenizas de la fe democrática,
mata la llama de odio de la pasión fanática
y modela la vida en forma nueva y ática.

Una nación-quijote está a punto de aurora...
nadie sabe de su orto la latitud ni la hora...
pero se siente de ella una ansiedad que implora...

Caballera y cristiana, cristiana y caballera,
tú debes ser monarca de esa nación austera,
que a zaga de tu fama, circunvale la esfera.

Para ir hacia otros orbes, no es menester escalas:
Pegaso a Clavileño le ha cedido las alas...
Las estrellas se prenden en noches de bengalas...

Ariel te ha transferido su celeste destino.
Un racimo de mundos te brinda con su vino.
Es urgente que vuelvas, a realizar tu sino.

La tierra ha de ser una, para alcanzar el cielo.
La humanidad hastiada de habitar este suelo,
siente sed de infinito, con infinito anhelo.

Baja pronto, a que libres la postrera pelea,
y a que retornes luego, ya sin mortal disnea,
porque arriba, encantada, te espera Dulcinea.

... Los poetas te haremos cortejo de armonía,
en torno de tu solio, suspendido en el Día:
pues, ésta es Dulcinea: la eterna Poesía...

EPITAFIO DE ALFONSO MALO RODRIGUEZ

Yace aquí el Caballero del Soneto...
Catorce versos más en trance puro...
Del valle de la muerte por el muro,
Van enjambres de ritmos en secreto...

Dirán las frondas su rumor discreto...
Las brisas rezarán su salmo oscuro...
Y el polvo ha de brillar, polvo maduro,
Tras el esmalte del rocío inquieto...

En olor de Soneto... neto y pulcro...
Ha muerto el Caballero... En su sepulcro
Se degüellan mil cisnes de elegancia...

No obstante, de sus ojos... muertos faros...
Nuevos sonetos brotarán más claros,
Tallados en luceros de distancia...

EPITAFIOS DE JUAN XXIII

Tenias las manos suaves de blancuras,
los ojos tenias brillantes de cielos,
tejido tenias el cuerpo con alas,
alas, muchas alas, que por siempre en alto
tu blanda escultura alzaban del suelo.

En veces podía creerse que el coro
nunciador de nueva Navidad sumaba,
sólo en ti, su múltiple mensaje mesiánico.
En veces podía verse tu presencia,
cual de un theonauta desde Dios venido,
con itinerario de destino inverso
a los cosmonautas de la baja tierra,
por fijar en órbita de eterno Evangelio,
todo este sistema de seres y cosas,
siempre esclarecido, mas siempre en misterio.

Tenias el alma hondamente cóncava,
para que cupieran en ella las gentes.
Entraña insondable de puertas abiertas,
casa innumerable de vida fraterna.
Corazón montaña de amor ecuménico,
de cumbre accesible a todos los pasos.
Cáliz inflamado de sangre y de lágrimas,
con hostias licuadas de divina pena:
la pena de arriba, la pena de abajo,
pena redentora, pena redimida:
Sacerdote sumo, tus labios sumian
caridad y culpa, perdón y miseria,
a Cristo y los hombres juntos en tu Misa.

Columna de nube de paz sempiterna,
palmera de oasis, agua de desierto,
vuelo de paloma bajo tempestades,
cirio en media noche con llama de estrella,
torre de atracciones, profeta de auroras,
voz pentecostésica de hombres y naciones:
la cifra del siglo te ha visto excedente
con número trino sobre sus angustias,
vigésimo tercio precursor del Reino,
Juan de los Jordanes de mundial bautismo.

¡Oh! argentado Anciano, viejo de bondades,
el de faz surcada de sonrisas santas;
Pontifice Máximo de las atracciones,
el de alma en las manos para las caricias.

Figura de abuelo de todas las razas,
crisol inefable de fundir espíritus,
signo de adiciones de otras cristiandades,
pastor de los propios y ajenos rebaños;
nadie que se abstraiga de tus lumbres hubo,
al sol detuviste bajo tu tiara,
y en un prolongado día sin ocaso
nos diste las sendas del Apocalipsis.

Suena tu palabra con ritmo insinuante,
urgiendo a los pueblos para la concordia.
Te brotan palabras de amor cada día,
que envuelven la esfera de atmósfera grata.
Tornas respirables los aires infectos
de encono y recelo, de mutuas venganzas.
Desfondas el hierro de los epulones,
sublimas las ansias de los miserables.
Trayendo puñados de aromas del campo,
cumples la parábola de la voz sencilla,
que habla de los lirios y habla de las aves,
y enflora las rosas entre los jarales.

Andas los caminos del dolor humano,

destilando unções sobre las heridas.
Buscas los enfermos, los huérfanos buscas,
hinchas de alegría los rostros hurafios.
La túnica blanca, la capa escarlata,
piensan que das vida, las gentes humildes,
a las esculturas de los nichos sacros,
y vas por el mundo, Cristo redivivo,
sobre almas y cuerpos regando milagros.

Paz sobre la tierra; paz en las conciencias;
paz del pensamiento; paz de las miradas;
la paz rusticana; la paz de las fábricas;
paz en las ciudades; paz en las naciones;
paz sobre los mares; paz tras los espacios;
Unidad de hermanos bajo Dios que es Padre:
Cristo, en cuerpo y sangre, nutre y adoctrina
por la Iglesia Santa, que es Madre y Maestra.

Tu paz nos cobija del diluvio de odios:
arco iris tú mismo de amor en augurio.
Ya vuelve el Rabino, ya torna el Enviado;
tú lo has precursado, Juan de las edades.
Los montes se aplanan, se llena el abismo;
se hermanan las olas, se une el universo;
y los corazones troquelan justicia,
mientras tú regresas, oh gran theonauta,
y arrojas tu manto de amor y esperanza.

... Pero ... ya te has ido. Todavía el mundo
no estaba curado ... Pero ya te has ido ...
Hubo un mar amargo cuando declinabas ...
Tu agonía larga cual ningún crepúsculo,
presumir hacia que Dios titubeaba
de agotar el ritmo de tu claro día.

... Pero, al fin, te has ido ... Con tu pulso lánguido
mantuviste insomnes al cielo y la tierra.
Y al besar tu frente la postrera sombra
y atar el silencio tu postrer latido,

gritaron los ángeles, gritaron los hombres
el inmenso grito que habrá Dios oído,
demandando un padre de tu mismo espíritu,
que consume tu obra de unidad en Cristo!

¡Oh argentado Anciano, viejo de bondades;
Pontifice Máximo de las atracciones;
Juan de los Jordanes de mundial bautismo;
Cirio en media noche; Profeta de auroras:
ya estás encendido más allá del tiempo,
inflama tu llama las esferas todas.

15 de Junio de 1963

LA MUERTE DE LA POETISA

La poetisa ha muerto lentamente,
no de muerte violenta;
ha debido morir con suavidad,
no de muerte violenta;
como la rosa que se deshoja al viento,
no de muerte violenta;
como el cisne de Leda
bajo la flecha del Sagitario;
no de muerte violenta.

Lentamente se le habrán apagado los cirios
de las manos;
y se le habrán caído las cuerdas
de las manos;
la palidez inerte del mármol le bajaría
por las manos,
hasta cubrirla toda de cera
desde la frente hasta las manos.

Una siega de flautas
en su garganta;
una difusión de copos
en su garganta;
un expirar de músicas
en su garganta;
debió morir la poetisa
con la última nota pendiente en su garganta.

Diluidos en un verso los divinos ojos,
con la vista prendida más allá del Zodíaco

los divinos ojos;
encendidos en sol y corazón
los divinos ojos;
debieron apagársele, una tarde,
besándose con la luz parpadeante
los divinos ojos.

.....

Con mal de cielo,
con mal azul de cielo;
con mal de inmensidad,
con mal azul de mar;
con mal de montaña,
con mal azul de montaña;
con el mal de las nubes,
así debió morir la poetisa
diluida en el mar azul de sus poemas.

Debió morir ahita de lo verde,
color panteista de las cosas sencillas;
la verdina del musgo —si se quiere—,
la rumorosa escala verde de las frondas;
la verde movilidad del regato
en el éxtasis verde de las praderas.

Así debió morir la poetisa...